

## **El instante vivencial y el instante poético;**

### **Una poética de la existencia en Bachelard.**

¿Quieres que de ese néctar delicioso  
no te amargue la hez?  
Pues aspírale, acércale a tus labios  
y déjale después.  
¿Quieres que conservemos una dulce  
memoria de este amor?  
Pues amémonos hoy mucho y mañana  
digámonos ¡*adiós!* (G.A.Bécquer).

#### **Introducción:**

La ruptura del tiempo horizontal, el tiempo de la duración, resulta necesaria para acceder al movimiento esencial de la poesía; aquel instante metafísico que logra conjugar las ambivalencias de un instante y aseguir el alcance de la unidad del Ser. Las condiciones necesarias que se deben procurar para irrumpir la permanencia y desvelar el tiempo vertical no son muy numerosas, aunque sí de una dificultad enorme para el poeta, guía, al parecer de Bachelard, del filósofo; el poeta, si quiere realizar de manera plena y satisfactoria su actividad, deberá lograr romper con el mundo corriente en tres diversos sentidos: romper con los lazos fenoménicos, con los lazos sociales que suponen la relación con los demás y, además, romper con su propia vitalidad, lo que conlleva a quebrar con su propio yo, con su más caro pasado y con el prometedor futuro. Hecho esto, se puede decir, están todas las condiciones para desarrollar el instante poético. Lo que nos proponemos no es otra cosa más que el demostrar que dentro de la facticidad, de cualquier ser humano que se desenvuelva “temporalmente”, el instante aparece como la condición de posibilidad del instante poético; esto es: consideramos que el instante vivencial, al encerrar las tres condiciones del instante poético, es ya un atisbo del ser al que el ser humano se adhiere sin la necesidad de recurrir al acto poético. Esto puede entenderse de dos formas que, aunque se establezcan en fórmulas aparentemente distintas, se refieren a lo mismo o, incluso, una está contenida dentro de la otra.

Así, o toda facticidad es ya una poesía (entendiendo que toda existencia es ya una poética) o bien, el ejercicio poético no es del todo necesario para acceder al tiempo vertical, pues éste es el único tiempo real: la poesía sólo sería una forma descriptiva (un mero ejemplo) de cómo se desarrolla la vida de cualquier ser humano; la poesía como un ejercicio descriptivo de la temporalidad original.

## **Desarrollo.**

### **a) El instante poético: el tiempo vertical y el abandono del yo.**

El instante poético es aquel momento en el que el ser humano es capaz de inmovilizar a la propia vida, congelarla, para poder alcanzar la verdadera esencia de las cosas; el Ser mismo. “Así, en todo poema verdadero se pueden encontrar los elementos de un tiempo detenido, de un tiempo que no sigue el compás, de un tiempo al que llamaremos *vertical* para distinguirlo de un tiempo común que corre horizontalmente con el agua del río y con el viento que pasa (Bachelard, 1987, p. 94)”. De tal forma, pues, el instante poético logra una irrupción dentro de la cronología de la permanencia; congela el mundo y es capaz de vislumbrar una escena en su totalidad, dentro de la cual todos sus componentes conforman una sola cosa, se logra una unidad, pues todos los elementos, por contradictorios que pudieren ser en la facticidad, logran conjugarse ambivalentemente. Se trata de una suerte de escena omni-abarcante en la que se cumplen las tres condiciones poéticas del instante: 1) la ruptura del orden fenoménico, pues, al estar todo íntimamente relacionado, no existe la división, el todo conforma una sola cosa que se presta a confusión con el sujeto; 2) los lazos sociales desaparecen, el yo se queda sólo y aislado, cualquier sujeto que participe dentro de una escena se conjuga con la Unidad, en ese momento, el Otro desaparece: el instante vivencial depende del aislamiento *yoico*; 3) el yo descubre el instante presente como la única temporalidad real, el futuro y el pasado se revelan en la morgue, totalmente muertos, las aspiraciones y la determinación anterior son entes inexistentes que arrastran consigo todos los lazos afectivos, fenoménicos y sociales; el yo se queda sólo en su presente, conformándose en una Unidad consciente capaz de poner

orden, poéticamente, a toda la escena. En ese orden de la totalidad de entes que entran en cuestión, desapareciendo en su Unidad, le va su carácter temporal.

Ante esta panorámica, el poeta debe romper el correr de los tiempos de la duración y permanencia, pues si en su poesía “sigue simplemente el tiempo de la vida, es menos que la vida; sólo puede ser más que la vida inmovilizando la vida, viviendo en lugar de los hechos la dialéctica de las dichas y de las penas. Y entonces es principio de una simultaneidad esencial en que el ser más disperso, en que el ser más desunido conquista su unidad (Bachelard, 1987, p. 93).” En el instante, entonces, se congela el tiempo, se petrifica la escena, y el Yo es capaz de desarrollarse y con-fundirse con todos los elementos, rompiendo con ellos y siendo uno con ellos, sean objetos o personas, en ese sentido, el sujeto del instante no tiene otro destino más que la más terrible soledad, merced al vislumbrar el Ser en el instante.

Sin embargo, cabe preguntar ¿es el poeta consciente de la escena, del instante poético, en el mismo momento en el que es vivenciado tal instante, gracias a la irrupción de la novedad? Reconocemos que sí, que en ese momento en el cual el sujeto sólo vela por sí mismo, por lo general, siempre se es consciente de la situación en la que el existente se encuentra, pero del mismo modo afirmamos con toda seguridad que ese no es el instante en el que se traduce la escena al lenguaje de la poesía. La experiencia y la vivencia sólo son traducidas a versos en un momento después, pues es por seguro que, en el instante congelado del tiempo, tanto el poeta como el ser humano romperían con éste mismo movimiento al pretender preocuparse por el recurso de la tinta y el papel; recordemos que en el instante la Unidad es lo que aparece. Además, nos permitimos ironizar, acaso algún poeta escribe sus versos al estar en presencia del mismo hecho que manifiesta, o más bien diremos con la noción popular que es en un momento posterior, en el cual, el poeta evoca aquella imagen tan firmemente sembrada en su memoria y congelada por el intelecto.

Así el instante poético no sería más que la vuelta, transmutada al verso, de una experiencia consciente que, impresa en el intelecto, fue experimentada en su inmovilidad en un instante ya fenecido.

Entonces, lo que queremos afirmar es que la labor poética se lleva a cabo en un momento secundario de aquella intuición del instante fáctico, al cual se refiere siempre la poesía. ¿Cuáles son las características del instante vivencial y por qué decimos que: o bien, la poesía se refiere siempre a esta forma de desenmarañar el tiempo (instante fáctico) o por qué es que, en caso de no referirse a este, resulta ser su condición de posibilidad? Ello, lo abordaremos a continuación.

### **b) El instante vivencial y la novedad: la condición de posibilidad del ejercicio poético.**

La filosofía de Bachelard se refiere al instante como la forma verdadera en la que se manifiesta y hace patente la temporalidad. Hemos optado por denominarla como instante vivencial, tan sólo para distinguirla del instante poético.

El instante, vivencial, merece ser evaluado como una afrenta contra la exposición bergsoniana del tiempo; al entender de Bachelard, se ha incurrido en un error al tratar de explicitar el tiempo mediante una existencialidad de la permanencia que se enfoque en la duración. La filosofía, pues, trataría de explicar la sustancia de las cosas mediante aquello que, no cambiando, permanece; pero todo esto sería inútil, pues “nunca se hará que lo permanente explique el devenir” ya que “el tiempo sólo se observa por los instantes; la duración sólo se siente por los instantes. (Bachelard, 1987 p. 24).” De esta forma, si la vida tiene que evidenciarse como real, en su temporalidad, no podrá hacerlo más que con un elemento que aporte un *algo* que no se encuentra en aquello que permanece, pues en la permanencia no se puede mirar lo que ocurre, precisamente porque no cambia. Desde esta óptica, es que aparece la noción de la *novedad*, concepto central para comprender de qué manera es que se da el instante vivencial.

El instante, la estructura temporal originaria, sólo puede ser evidenciada como real, frente al tiempo horizontal que es el tiempo que fluye, mediante el

acaecimiento de la novedad. Es en ella en donde se muestra un cambio capaz de irrumpir en la permanencia y hacer brotar verticalmente el tiempo. En el instante que se vive, la novedad será aquel detonante que consiga la ruptura con las tres problemáticas de la triple esencia el complejo espacio-tiempo-conciencia, la novedad sería aquella “mónada afirmada en su triple soledad, sin comunicación con las cosas, sin comunicación con el pasado y sin comunicación con las almas extrañas (Bachelard, 1987, p. 35).” La novedad tiene la función de permitir que se abandone lo que ya se tiene, dando un giro a la escena y ejecutando el movimiento capaz de romper con todo lo externo al yo, unificándolo en una nueva Unidad que circunscriba dentro de sí mismo el elemento, antes ajeno, que la novedad trae consigo. Si no hay tal unificación, el instante no se cumpliría, pues ni las cosas llegarían a una Unidad (pues se considerarían dos elementos), ni la permanencia se vería afectada, destruida. “Si por tanto la novedad es esencial para el devenir, se tiene todo por ganar poniendo esa novedad en la cuenta del propio Tiempo: lo nuevo en un tiempo uniforme no es el ser, sino el instante que, renovándose, transporta el ser a la libertad o a la suerte inicial del devenir (Bachelard, 1987, p. 24).”

En estos momentos en los que aparece la novedad y, con ella, el instante, es aquel momento en el que hace su aparición la verdadera percepción del tiempo. “La razón por la cual nuestros adversarios postulan una división sin término es que siempre sitúan su examen en el nivel de una vida general, resumida en la curva del impulso vital. Como vivimos una duración que parece continua en un examen macroscópico, para el examen de los detalles nos vemos inducidos a apreciar la duración en fracciones cada vez más pequeñas de nuestras unidades elegidas (Bachelard, 1987, p. 40).”

Así, se han negado los tres lazos que mantienen atado al yo (y al Ser) con el pasado y el futuro, pues el verdadero tiempo es el presente del instante que aparece. Pero, así como se ha hablado de negación, hemos de reconocer que no se trata de una negación enteramente negativa ésta que trae la novedad; por el contrario, si bien el pasado y el futuro se hayan completamente muertos, esto no

excluye la necesidad de que existan un hábito y un progreso. “En efecto, hemos negado la existencia real del pasado; hemos demostrado que el pasado estaba totalmente muerto cuando el nuevo instante afirmaba la realidad. Y he aquí que, de conformidad con la idea que en general nos hacemos del hábito, nos veremos obligados a restituir al hábito, legado de un pasado extinto, la fuerza que da al ser una figura estable bajo el devenir en un movimiento (Bachelard, 1987, p. 55).” El hábito, al parecer de Roupnel y Bachelard, es aquel acto capaz de rescatar y restituir los instantes ya fenecidos por un sujeto, consciente o inconscientemente en el que se funden de nueva cuenta los elementos previos (reconociendo el instante anterior) con el elemento de la novedad; “Un hábito particular es un ritmo sostenido, donde todos los actos se repiten igualando de manera bastante exacta su valor de novedad, pero sin perder nunca ese carácter dominante de ser una novedad. La dilución de lo nuevo puede ser tal que el hábito a veces puede considerarse inconsciente (Bachelard, 1987, p. 62).”

De esta forma, y ante la panorámica de la nueva unión ejercida, es que se puede hablar de un progreso. El sujeto será capaz de reconocer los errores y aciertos de su vida en el momento del instante vivencial, pero haciendo hincapié en que, en este nuevo instante, hay un elemento nuevo, ajeno, que ha cambiado la escena y que, asimismo, hay que unificar. “La introducción de elementos nuevos en nuestra manera de actuar nos da ciertas ventajas: lo nuevo se funde entonces con lo antiguo y ello nos ayuda a soportar la monotonía de nuestra acción. Pero si el elemento nuevo nos es demasiado ajeno, no se produce la fusión de lo antiguo con lo nuevo, pues la Naturaleza parece sentir igual horror ante toda desviación demasiado grande de nuestra práctica ordinaria ante la ausencia de toda desviación (Bachelard, 1987, p. 72).” De este modo, el hábito del instante vivencial se convierte en progreso; mostrando cómo se relacionan los instantes pasados con el instante presente, trayendo consigo esta nueva forma de temporalidad.

Aquí podemos extraer ya algunas conclusiones que hemos reconocer como idénticas a aquellas tesis esgrimidas con respecto al instante poético; puesto que, en la vivencia del instante en su facticidad, la aparición de la novedad trae consigo

el congelamiento del tiempo que fluye como un caudaloso río; los lazos fenoménicos se aniquilan en el momento de la vivencia, así como los sociales y los personales (pasado-porvenir): en el instante que se vive, nada importa más que el aquí y el ahora. Al sujeto que actúa en determinado momento, no le interesa otra cosa que dejarse llevar por él, sin preocuparse por el daño que pudiese hacer al Otro, a los objetos de la escena o, incluso, atentar contra su propia vida y quebrar con el pasado que traía consigo y con todos los proyectos demarcados en su porvenir, el sujeto que realmente existe en el instante se deja llevar, o congelar, por este mismo. Para vivir un instante, se necesitan, exactamente, las tres mismas condiciones del instante poético y, del mismo modo, lo único que resta es el Yo, aislado y solo, que se funde en una totalidad vertical y que, en su consciencia, vive el momento, sintiéndose uno con el Todo y sin importar que en su actuar traicione todo (y a todos) lo que en la permanencia se había procurado. En la filosofía del instante, el tiempo vertical, se reconoce como una filosofía no de la acción; sino de los actos, pues “un acto es ante todo una decisión instantánea y esa decisión es la que lleva toda la carga de la originalidad (Bachelard, 1987, p. 20)” o, lo que es lo mismo; novedad. El instante vivencial implica las mismas condiciones y conclusiones que en el movimiento poético, pues el ser humano, ya negados los tres lazos que le atan al Ser, del mismo modo puede descender en su profundidad, experimentando sus penas y, al mismo tiempo, dejándose llevar a las alturas, enaltecer las dichas que está viviendo, pues, al vivir el instante, nada debe preocuparle lo Otro, todo es una unidad y el yo se ha conformado en esa Unidad consciente; el yo, actuando egoístamente, es lo único que existe en la escena. El yo como el único almacigo de la realidad. Al igual que en la poesía, pues, “el instante es soledad... Es la soledad más desnuda en su valor metafísico. Pero una soledad de orden más sentimental confirma el aislamiento trágico del instante: mediante una especie de violencia creadora, el tiempo limitado al instante nos aísla no sólo de los demás, sino también de nosotros mismos, puesto que rompe con nuestro más caro pasado (Bachelard, 1987, p. 11).” La misma experiencia de carácter metafísico que acece en el instante poético.

Pero esto no se detiene allí, en este momento, además, se abre el momento mismo de la moralidad, revelando una ética del instante, pero, por muy interesante que parezca, no es el momento de dejarnos seducir por otro debate, sólo lo acotamos para destacar que, al igual que en el estudio sobre la poesía de Bachelard, esta misma conclusión se hace presente en lo referente a la poesía.

El instante vivencial así, en tanto modalidad existencial, presenta los mismos rasgos que los definidos hacia el instante poético; sin embargo, el instante de la vida no es el instante poético. Por el contrario, la vida antecede a la poesía y la poesía se refiere a la vida, en la cual se encubre el Ser. ¿Cuáles son las posibilidades que le restan a la poesía?

### **c) Conclusiones: la poesía como ejercicio discursivo del instante vivencial.**

“Allí, desde el umbral de su meditación -y la meditación en el tiempo es tarea preliminar de toda metafísica- está así el filósofo ante la afirmación de que el tiempo se presenta como el instante solitario, como conciencia de soledad [...] Si mi ser sólo toma conciencia de sí en el instante presente, ¿cómo no ver que ese instante es el único terreno en que se pone a prueba la realidad?” pues “es preciso partir de nosotros mismos para demostrar el ser (Bachelard, 1987, p. 12).” Así, no nos queda ya mayor duda, la tarea primordial de la metafísica, y por tanto, del poeta como el mejor metafísico, es la meditación respectiva al instante vivido con anterioridad, aquel instante fáctico que, tras partir del existente propio, ha revelado al ser en la intuición del instante. El metafísico trabajará, entonces, meditando sobre una intuición ya dada, merced al material que se ha fijado y representado en su conciencia. El instante metafísico, de carácter poético, entonces, radicará en el movimiento de vuelta a ese instante en el que se ha mostrado el ser; evaluando por segunda ocasión una temporalidad que aunque ya ha perecido, aun puede ser retomada para fijarle un poco de orden. Y no es que en la vivencia del instante fáctico no exista un cierto orden que permita evaluar desde lo profundo de las penas hasta las cimas de las dichas, pero “*podemos experimentar la eficacia de nuestros actos todas las veces que queramos* (Bachelard, 1987, p. 38)” gracias a la memoria.



Con esta perspectiva, podemos discurrir ya en los dos posibles desenlaces que sufriría la labor del poeta con el instante de la vivencia. El primero de ellas, aunque goza de una posibilidad menos real y eficaz, será el labrar discursivamente aquello que la inmanencia misma revela con la vida. El poeta se enfocará en el regresar a esa vivencia original (en tanto acompañada de novedad) para establecer el orden del tiempo de manera racional en el lenguaje: una suerte de ejemplificación en verso de lo que los seres humanos viven dentro del instante fáctico; la virtud del poeta no sería otra cosa más que lograr expresar en lenguaje la experiencia misma que revela al ser oculto en el tiempo que fluye y que se rompe mediante el instante, brotando la temporalidad vertical; un ejercicio descriptivo de una experiencia radical es lo que le resta al poeta. El poeta aparece aquí como el constructor de una reminiscencia, como el metafísico que entiende al ser y logra expresarlo en términos, conceptos e imágenes lingüísticas. Se podría decir que se habla del poeta como un traductor, resaltando que es evidente, en este horizonte, que el realizar poesía debe pre-suponer al instante vivenciado como su condición de posibilidad.

La segunda de las conclusiones, quizá más justa para el ejercicio poético, será el considerar a esa intuición del instante, en su facticidad, ya como un hecho poético. Esta visión haría a todos los seres humanos poetas, pues todos experimentan el instante en su devenir por el mundo. La existencia se identificaría ya con una poesía y podríamos hablar de una triada del instante: el instante fáctico-poético-metafísico, pues en las tres se revela el ser... los tres instantes como una misma experiencia. No obstante, si nos circunscribimos a esta romántica forma de considerar a la existencia, ¿a qué se reduce la actividad del poetizar (en tanto traducir a versos esa experiencia radical)? Quizá el traductor, en esta nueva panorámica, juegue más bien con la imagen del escultor que, edificando un ícono monumental, haga patente a la memoria y a la vida de los seres humanos que la verdadera temporalidad, no se haya en los tiempos que fluyen; sino en ese tiempo vertical que brota con la vivencia del instante. La labor parece ser la misma, un traductor que nos hace patente, cada vez que sea necesario, el reconocer que la

permanencia no es el tiempo originario y real, sino ese otro que se da en el instante.

Así, la función del poeta podría considerar al poetizar mismo de dos formas que, aunque parecieran fórmulas diferentes, sólo son dos medios de expresar la misma actividad. La existencia como una poética de la vida, el instante vivencial como condición de posibilidad de la poesía, no otra cosa más que el destinar la meditación y traducción al discurso de una vivencia previa. Con esta consideración la poesía puede ser tomada de dos formas: 1) como toda forma de manifestación de la realidad misma (identificando el instante vivencial con el instante poético y, a su vez, a este con el instante metafísico) que revela al ser, o bien 2) como el mero referirse a una experiencia del instante que ya ha fenecido, pero al que podemos acceder cuantas veces queramos merced a la memoria y a la poesía. En ambas, la poesía se refiere al ser... pero en una de ellas cabría acotar la distinción entre Poesía y poesía, pues la primera sería la más original y, además, condición de posibilidad de la siguiente.

### **Bibliografía:**

Bachelard, G. (1987), La intuición del instante, México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios.